

La eficiencia del capitalismo

Siendo la razón un instrumento que el ejercicio de entender y penetrar lo que se halla al alcance de nuestra experiencia conforma y aguza, tan absurdo resulta el racionalismo que se empeña en someter a razón lo que está fuera de la experiencia humana, como el irracionalismo que no pone frenos de razón a lo que es tributario de ese don de la Providencia.

Esto, que se desprende de las ideas expuestas en un artículo anterior, viene al toque de los muchos irracionalismos que existen en Economía. Uno de los más difundidos es aquel que pretende que cada época tiene el sistema económico que le conviene, y los cambios que en él ocurren son traídos por las variaciones de las circunstancias. Esta es una idea providencialista que podría llevarnos a prescindir de toda investigación y de toda Ciencia, dejando a los políticos el cuidado de arbitrar lo que convenga para cada instante. Sin ser absolutista, no creo en ese relativismo histórico que reduciría la Economía a un empirismo intuitivo.

Lo que a mi entender sucede es que nuestros sistemas económicos, más empiristas que científicos, sólo pueden resultar tolerables, en su imperfección, mientras sus errores no pugnan demasiado ostensiblemente con la creciente complejidad del acontecer histórico. Mas no se hundan tan sólo porque las relaciones crematísticas se hagan más complicadas, sino por su propia imperfección. Un sistema más acertado hubiese funcionado mejor en cualquier época y resistido con más éxito a la evolución de los tiempos. Lo único que ésta hace es poner más en evidencia sus fallos, fallos que si se hubieran corregido a tiempo habrían evitado grandes males.

El mercantilismo, por ejemplo, fué en su día un fruto de las circunstancias y del devenir histórico. Cuando en el sistema surgía algo que parecía inconveniente desde el punto de vista de la clase gobernante, se aplicaba algún arbitrio que pareciera adecuado para corregirlo, arbitrio de corta vista por lo regular. De este modo se fué formando

aquel sistema reglamentista, cuyos grandes defectos sólo se advirtieron luego en toda su extensión, mas con los que no se dejaba de tropezar a cada paso; prueba de ello es precisamente el laberinto de disposiciones con que se trató de remendar la deficiente vestidura. Llegó un día, con el desarrollo de las artes, de la mecánica y de la propia economía, en que todo ese artilugio que entorpecía los movimientos se hizo insoportable, y se trató de romperlo.

Pero como no se había estudiado la causa del malestar que se sentía y se trataba de un cambio de postura cuando la anterior se había hecho ya incómoda, vino a caerse en un sistema que, a juzgar por los resultados que ha dado, no era mucho más acertado que el anterior. De entonces data—en la historia de las doctrinas—el comienzo del liberalismo.

El liberalismo—no la democracia con la cual se le asocia indebidamente—lo iniciaron los fisiócratas en Francia, lo adoptó Adán Smith con bastantes reservas, y Ricardo trató de racionalizarlo sobre bases absolutas. No dejó de tener desde el primer momento sus contradictores, como Malthus, Simondi y los primeros socialistas humanitarios. Stuart Mill, sin negarlo, echó mucha agua al vino de la nueva doctrina. Como teoría triunfó entre los científicos, pero prácticamente nadie lo aplicó en su integridad.

La Gran Bretaña llegó a implantarlo bastante extensamente, gracias a circunstancias muy particulares. Los demás se limitaron a seguir la moda con muchas limitaciones. El librecambio que fué uno de sus temas predilectos, no llegó en ninguna parte a la supresión completa de los aranceles, y pronto reaccionó por doquier de sus primeros avances. Inglaterra, tanto desde el punto de vista arancelario como del social está de vuelta del liberalismo.

Los resultados del nuevo credo fueron buenos en algún aspecto, en el aspecto de favorecer la revolución industrial y la implantación del maquinismo, en el sentido de sobre-excitar los estímulos naturales, pero al mismo tiempo exacerbó muchos males que el régimen antiguo había tratado de paliar: el paro, los salarios de hambre, las crisis de superproducción. El liberalismo pecaba de ser un doctrinarismo, un sistema pensado sin mirar bastante a la realidad, y que se presentaba como una panacea universal. Habíanse observado los inconvenientes de la reglamentación, los beneficios en algunos casos de la libertad para desarrollar la riqueza, y se concluyó prematuramente que bastaba la libertad como remedio para todo. No se vió que la libertad era el ambiente en el que tenía que desenvolverse la actividad del hombre, pero

si no había equidad, los resultados de la libertad tenían que ser adversos. Esto es de lo que no se cuidaron; antes bien se dió por supuesto a priori que la libertad traería automáticamente la justicia.

La realidad fué muy distinta de las esperanzas. Los avances económicos, acompañados de una mayor desigualdad, no asistidos de un desarrollo paralelo de la moral, no podían conducir a un verdadero progreso. Los derechos políticos no asociados a la cultura y al bienestar general habían de llevar al profesionalismo político, a la demagogia y al desastre.

Otra idea falsa ha sido la de la fecundidad del capitalismo, entendiendo por capitalismo el régimen bajo el cual se ha desenvuelto el mundo moderno después de la Edad Media, y especialmente el mundo actual a partir de la revolución mecanicista. El sistema ha tenido sus detractores, no siempre injustos, como ha tenido y tiene sus acérrimos partidarios. Algunos de éstos no quieren reconocer su fracaso, que nos ha traído a la actual situación, y desearían que se volviera a él, cualesquiera que puedan ser sus defectos; todo otro—creen ellos— los tendrá mayores y se mostrará menos fecundo.

En cambio, sus detractores y no pocos de sus secuaces menos intransigentes han reaccionado vivamente, declarándose partidarios de un intervencionismo que va en sus matices desde el comunismo marxista hasta el keynesismo, que no quiere reconocer su antiliberalismo.

Se mezclan aquí aspectos políticos que tienen poco que ver con la cuestión económica, así un laborista que propugna el intervencionismo en su país, es enemigo jurado del hitlerismo, que aplicaba en Alemania ese mismo régimen socializante, y ve con simpatía su aplicación en Rusia de un modo todavía más cruento. Pero la Ciencia debe juzgar por los hechos y no por los marbetes.

Ahora mismo tenemos ante nuestros ojos lo que ha dado en llamarse el «milagro alemán» (1), la reconstitución prodigiosa de la Alemania occidental a los diez años del inaudito desastre de su derrota y aniquilamiento, en un grado que hubiera descorazonado a cualquier otro país menos laborioso. Hoy da envidia a sus propios vecinos europeos vencedores, a la Gran Bretaña, a Francia. Su prosperidad contrasta con la pobreza de la contigua Alemania Oriental y de los demás satélites de Rusia.

¿Cómo se ha conseguido esto?

(1) Véase el número 2 de la revista *Arquímedes*, órgano del Instituto de Cálculo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, un interesante artículo de ese título, debido al profesor de Yale, H. C. Wallich.

Alemania ha logrado su reconstrucción implantando un régimen que se califica generalmente de liberal. Ella partió de otro rigurosamente intervenido, como era el de Hitler, cuya mano de hierro sólo quedaba atrás de la soviética. Ese régimen subsistió algún tiempo después de la derrota. Alemania tenía, por lo demás, una larga historia de economía bastante intervenida desde antiguo, aunque no en el grado de la hitlerista. La economía actual conserva muchos de los *controles* antiguos, los que desaparecieron sólo fueron suprimiéndose gradualmente y con mucha cautela, después de la ocupación por los ejércitos enemigos; la economía de la reconstrucción es tan sólo relativamente liberal. El éxito se debe sin duda a la circunstancia de haber resultado una combinación bastante afinada de libertad e intervención, en que la intervención no ha sido tan grande que haya llegado a matar los estímulos propios de la economía libre, ni tan liberal que hayan podido obrar libremente, hasta ahora, las tendencias represivas de la economía capitalista.

Lo cual no quiere decir que no entren en acción cualquier día, pues los propios dirigentes de la economía alemana sienten bajo sus pies la inestabilidad del equilibrio conseguido, como la siente la próspera Norteamérica.

Lo curioso es que, por uno de esos *quid pro quo* de la Historia, ha resultado que la Gran Bretaña, que hizo dos guerras contra Alemania en nombre de la libertad comercial, ahora vive una economía fuertemente intervenida, mientras Alemania florece bajo un régimen de libertad que hizo en otro tiempo la prosperidad de Inglaterra, y que ha implantado en gran parte contra la opinión y el dictamen de las potencias ocupantes.

Todo esto no demuestra el relativismo histórico de los sistemas económicos—falso a nuestro entender—pero sí el excesivo relativismo de los conceptos políticos, que admiten bajo las mismas banderas las más variadas mercancías.

GERMAN BERNACER